

posible ver el retrato de Leon X, aun despues de haber pasado por encima de el tres siglos, que han debido debilitar los colores que tanto contribuyen á la ilusion, sin experimentar este poder del arte que mueve al espíritu á prestarse al prestigio que el artista tiene derecho á ambicionar.

»Esta especie de poder se siente á la vista del retrato de Leon X. No puede resistirse á él al examinar la verdad y carácter profundo de la cabeza del Papa, la noble sencillez de su actitud, lo exacto del conjunto, el vigor del colorido, el relieve de la pintura, la ejecución ámplia y preciosa de todos los accesorios.»

En 1320, Leon X canonizó á San Casimiro, uno de los trece hijos de Casimiro IV, rey de Polonia, y beatificó á Isabel, reina de Portugal, y á Margarita de Córdoba, que mas tarde fué canonizada por Urbano VIII.

Leon era ejemplar en sus costumbres: era grave y sério y muy aficionado á la música. Como la mayoría de los Sumos Pontífices, fué protector de las bellas artes.

Hé aquí un magnífico rasgo de su generosidad que nos refiere el mismo Montor, tomado, segun asegura, de un manuscrito de su biblioteca, intitulado: *Notizie della discendenza della famiglia di Medici*.

«Tenia por costumbre, despues de comer ó de cenar, el repartir rollos pequeños de papel llenos de escudos de oro, que daba á las personas que le parecia merecian su interés.

»Habiendo visto un dia, entre los que le servian, á un hombre de quien sabia era muy merecedor de recompensa, resolvió darle veinte y cinco escudos cuando se acercase para darle con que lavarse. Sin embargo, no habiendo podido adivinar éste la intencion del Papa, se habia retirado antes de que levantaran la mesa. Entonces Leon se dijo: «No es bueno que la mala suerte de este pobre hombre impida nuestra liberalidad,» y dobló la suma con intento de dársela la primera vez que le viera. Llegó el dia siguiente, el criado se presentó un momento y no volvió á parecer. El Papa no varió de resolucion, y en el rollo preparado, añadió por los dos dias de ausencia dos veces veinte y cinco escudos que unidos á los otros produjeron la cantidad de cien escudos. El hombre no parecia: Leon no quiso ceder, y á veinte y cinco escudos

por cada ausencia, subió la suma á trescientos. Leon se decia: «Rigurosa suerte la de ese hombre, pues no quiere que reciba este socorro.» Al fin se presentó el criado; el Papa no aguardó á que terminara la comida, y le dijo: «Amigo mio, no queremos que nos obligues á darte el pontificado: toma esta suma que de veinte y cinco en veinte y cinco escudos se ha elevado á trescientos; tómalos y márchate aprisa, porque de lo contrario tendria que darte todo cuanto tengo.» Leon murió de un ataque apoplético en Noviembre de 1528 á la edad de 66 años, despues de un reinado de ocho años, ocho meses y veinte dias.

II.

Para formar mejor idea de lo que fué la pretendida reforma, vease lo que sobre la misma dice un notable historiador.

Hacia ya muchos siglos que era deseada una reforma en la disciplina eclesiástica. «¡Oh quien me hiciera la gracia, decia San Bernardo, de que antes de morir viese yo la Iglesia de Dios como ella era en sus primeros dias!» Despues de la época de San Bernardo los desórdenes fueron creciendo; la Iglesia romana, la madre de las Iglesias, que por espacio de nueve siglos completos habia mantenido la disciplina eclesiástica en todo el universo, no estaba exenta del mal, y en el concilio de Viena un grande obispo sentó como base de la obra de esta santa asamblea que era preciso reformar la Iglesia en la cabeza y en los miembros. El gran cisma de Occidente puso esta palabra en boca no solo de los doctores Gerson, Pedro de Ailly y otros grandes hombres de aquel tiempo, sino tambien de los concilios, especialmente de Pisa y de Constanza. Sábese ya lo que aconteció en el concilio de Basilea, en donde por desgracia fué eludida la reforma. El cardenal Juliano hacia presentes á Eugenio IV los desórdenes del clero, principalmente de Alemania, que concitaba el odio del pueblo contra todo el sacerdocio, y predecia que si no era reformado pronto el de Alemania, tras la heregía de Bohemia se levantaria otra aun mas peligrosa.

«Yo creo, añade este gran cardenal, que el mal está en la raiz; el árbol se inclina, y en vez de sostenerlo mientras todavia es

posible, precipitamos su caída: el mal comenzará por quitar al clero de Alemania los bienes temporales; los cuerpos perecerán con las almas; Dios no nos deja ver los peligros como acostumbra hacerlo con aquellos á quienes quiere castigar; la hoguera está encendida delante de nosotros y nosotros corremos hácia ella.» (Bossuet, Hist. de las Variaciones, lib. I.)

El mismo papa escribía á la dieta de Nuremberg. «Nos sabemos que en la Santa Sede que ocupamos ha reinado una grande corrupcion durante muchos años. Así no es extraño que la enfermedad haya cundido de la cabeza á los miembros, del papa á los sacerdotes; por esto nos esforzamos, tanto como nos es posible, en reformar primero nuestra silla de donde tal vez sale todo el mal, á fin de que salida de allí para descender á los grados inferiores, la salud y la vida tengan tambien en ella su origen.» (Carta de Adriano VI al nuncio, 1522.)

Por lo tanto nadie pretendía negar que en la disciplina y en la gerarquía de la Iglesia hubiese grandes abusos que corregir y grandes escándalos que reparar; así no era nueva la palabra reforma cuando Lutero vino á hacerla resonar con tanta fuerza en el mundo; mas el cambio que reclamaba la Iglesia era una reforma en las costumbres de sus ministros y no la abolicion del ministerio; era la destruccion de los abusos que se habian introducido en las prácticas cristianas y no la de las prácticas mismas; eran ciertas modificaciones en la doctrina alterada, no en el dogma, que en medio de todas las revoluciones y trastornos se habia conservado puro é inmutable, conforme á la promesa del mismo Dios. Pero llevado Lutero por su espíritu fogoso no tardó en alterar la doctrina. De reformador se convirtió en heresiarca, y la reforma tan pomposamente anunciada no hizo mas que aplazarla, y la Iglesia de la cual él se habia separado fué la que se encargó de llevarla á cabo. El concilio de Trento tuvo esta gloria, y es cosa notable y una gran prueba de la confianza que la Iglesia tiene en sí misma, que cuando los supuestos reformadores acometian su criminal empresa, el concilio dió por título á la mayor parte de sus decretos: *De la reforma*. Es, pues, bien cierto que las intenciones puestas en obra por Lutero y sus imitadores solo servian para encubrir el designio de libertarse de toda regla y de toda sumision á la Iglesia;

sus gritos de libertad fueron gritos de revuelta que escitaron en toda Europa terribles agitaciones y vinieron á trastornarla completamente por espacio de un siglo. En medio de los furores de las guerras religiosas tendremos que deplorar crímenes y excesos cometidos por ambos partidos; ¿pero la responsabilidad de estas desgracias no debe recaer toda entera contra aquellos que dieron la señal de la guerra?

Leon X, generoso protector de las letras y las artes, pero demasiado amigo de los placeres y fiestas suntuosas, arruinado por su prodigalidad y por los gastos excesivos que ocasionaba la ereccion de la magnífica basilica de San Pedro, recurrió para llenar su tesoro á la difusion profusa de las indulgencias. Los dominicos que tenian á su cargo la distribucion de ellas por toda Europa recibieron el encargo de predicarlas. Envidioso el general de los agustinos del privilegio conferido á una órden rival suya, encargó á uno de sus individuos que era Martin Lutero profesor en la universidad de Wittemberg, que escribiera, no contra las indulgencias, sino contra el modo como las dispensaban los dominicos. Algunos dias despues, Lutero dió á luz una larga memoria en la que ya manifestaba algunas opiniones peligrosas aunque protestando su sumision á la Santa Sede: «Porque no es de creer que desde entonces tuviese el designio de derribar la Iglesia romana y que caminara por sendas trazadas de antemano hácia la ejecucion de un plan premeditado. Entró en la carrera sin objeto determinado: una disputa monástica puso la pluma en su mano, el orgullo y las circunstancias hicieron lo demás.» (Ragon). La controversia entre Lutero y los dominicos se hizo cada dia mas violenta. El papa no se inquietaba al principio por estos chismes de frailes; y no obstante despues de inútiles discusiones con el cardenal Cayetano ante la dieta de Augsburgo, y con el sabio Juan Eck en Leipsig, aquel religioso tan sumiso al papa levantó el estandarte de la revuelta. Exasperado con los anatemas lanzados contra sus doctrinas, contestó con groseras injurias lo mismo á las advertencias que á las condenas del soberano pontífice, y al fin rompió todos los lazos que le unian con la Iglesia romana, quemando las bulas del papa en medio de la plaza de Wittemberg, en diez de Octubre de 1520.

Estaba dada ya la señal de alarma; el emperador Carlos V hizo intimar á Lutero que compareciera ante la dieta de Worms para dar cuenta de su doctrina. Presentóse Lutero con un salvo-conduto del emperador, pero negándose á toda retractacion. Carlos le declaró cismático y herege, y le desterró del imperio. «Acostumbrado á abrazar de un ojeada las grandes relaciones de los pueblos entre sí, descubrió de antemano las consecuencias de la empresa de Lutero: veia la division y acerbidad de los ánimos, la lucha de las opiniones que tan fácilmente conduce á luchar con las armas, y el terrible azote de una guerra religiosa. Carlos creyó posible sofocar el peligro desde el principio y oponer una barrera insuperable al torrente del error, tanto mas cuanto su carácter de emperador y defensor de la Iglesia le imponia casi este deber. Si en todo hubiese conservado esta invariable voluntad, sin mezclar con ella ideas menos puras, tal vez se ahorraran á la Alemania grandes desgracias.» (Kohlausch). Habia escapado ya el fraile rebelde; y oculto en el castillo de Wastburgo, al cual llamaba su Pathmos, inflamaba con sus escritos el celo de sus discípulos y aumentaba el número de prosélitos. A ejemplo de Federico el Sabio, duque de Sajonia, muchos príncipes de Alemania se declararon por el innovador, algunos por conviccion religiosa, y la mayor parte para recobrar su antiguo influjo conmoviendo la autoridad imperial, y sus antiguas riquezas á espensas de las iglesias y abadías. La relajacion de la disciplina y la corrupcion de las costumbres favorecian los progresos de la heregia hasta en el mismo clero, de suerte que los religiosos dejaban los hábitos y los conventos.

El sedicioso rumor que resonaba en la Iglesia y en las clases elevadas de la sociedad, se dejaba percibir tambien entre el pueblo, agobiado por espacio de tantos siglos bajo el yugo del feudalismo. Los hombres esclavizados y pecheros, interpretaban en un sentido enteramente material las palabras de libertad cristiana incesantemente repetidas en torno suyo, y pretendian tener una perfecta igualdad de derechos con sus señores. Los ataques de Lutero contra la autoridad de la Iglesia fueron la señal de un furioso ataque contra toda autoridad temporal y de una lucha contra el orden establecido. Lutero vió manifestarse rápidamente las fatales consecuencias de sus innovaciones. Los furors de Carlostadt, jefe de los

sacramentarios, que corria de iglesia en iglesia rompiendo imágenes y derribando altares, fueron desde el año de 1522 el preludio de escesos mas deplorables todavia. La multitud de aldeanos impulsados por las fanáticas palabras de Munzer, primer discípulo de Lutero, devastaba la Alemania obligando á todo el mundo á bautizarse de nuevo, de donde les vino el nombre de *Anabaptistas*. Munzer atacaba como impiedad toda distincion entre ricos y pobres, príncipes y súbditos, sacerdotes y fieles, y sostenia el entusiasmo de sus partidarios prometiéndoles el auxilio de los ángeles. En vano se esforzó Lutero con sus escritos, moderados al principio y luego violentos, en reprimir á aquellos á quienes sus doctrinas habian impulsado á la revuelta, la cual no quedó terminada hasta que la caballería de los nobles destrozó en todas partes á los aldeanos alzados, de los cuales perecieron mas de cien mil.

Lutero se consolaba de estos horrores repitiendo con fria indiferencia aquellas palabras del Evangelio: *No he venido á traer la paz sino la guerra*. Sin embargo se desviaba del pueblo para unirse con los príncipes, á quienes la codicia de las riquezas del clero disponia en favor suyo. En el mismo año, Alberto de Brandeburgo gran maestre de la orden teutónica, secularizó su estado entero formando con él el ducado hereditario de Prusia. Lutero, por fin, resolvió seguir el ejemplo de sus discípulos, y con grande admiracion de la Alemania, se casó con una monja que habia sacado del convento.

Bajo el estandarte de la religion se distinguian en Alemania dos partidos políticos: los católicos con la liga de Nassau y los reformados con la de Torgau, se dividieron en dos campos: en vano Carlos V manifestó declararse contra los últimos despues de la victoria de Pavia; la dieta de Augsburgo en nada varió la posicion de los partidos, y la de Spira que despues de haber condenado á muerte á los anabaptistas prohibia la propagacion del luteranismo, no hizo mas que ofrecer hincapié á la celebre *protesta*, de la cual proviene el nombre con que son conocidos los reformados. En el año siguiente los protestantes espusieron su doctrina en la *confesion de Augsburgo*, redactada por Melanchton el mas moderado de los amigos de Lutero; pero esta *confesion* no fué por mucho tiempo su único símbolo.

Irritado Carlos V al ver su constante oposicion, contestó con un decreto que desterraba del imperio á los reformados, quienes se dieron prisa á confederarse en Esmalkalda, protestaron casi todos contra la eleccion de Fernando, hermano de Carlos, por rey de romanos, y rehusaron someterse en lo sucesivo á las decisiones de la cámara imperial porque habia proferido en contra de ellos una sentencia de restitucion de los bienes arrebatados á la Iglesia. A pesar del tratado de paz que se firmó en Nuremberg, se hallaba pronta á estallar la guerra civil cuando una nueva invasion de los turcos reconcilió momentáneamente toda la Alemania. Un ejército innumerable al cual todos los partidos enviaron su contingente, rechazó á los turcos mas allá de las fronteras; pero desvanecido el peligro, Felipe, landgrave de Hesse, el gefe mas activo y audaz de los reformados, invadió de repente el Austria y salió victorioso en Lauffen. Sin embargo la paz de Cadau reunió otra vez á los católicos y protestantes contra un enemigo comun. La secta de los anabaptistas se mostraba en Alemania mas numerosa y amenazadora que nunca, bajo las órdenes del holandés Juan de Leyden, mancebo sastre que predicaba la guerra contra los que él llamaba profetas del diablo, á saber, el papa y Lutero. Los anabaptistas derribaban en todas partes los conventos y las iglesias, destruian los monumentos de las artes, quemaban los libros, y al propio tiempo cometian los mas horribles escesos, siguiendo el ejemplo de su gefe al cual habian proclamado sucesor de David y rey del mundo entero. Sus desmanes concitaron toda la Alemania contra estos vándalos cuya mayor parte fueron muertos con su gefe en la ciudad de Munster.

Las guerras contra la Francia, la Berbería y la Turquía, dieron alguna tregua á los desórdenes interiores de la Alemania en donde la division, consecuencia necesaria de los principios del protestantismo, era ya grande en el partido de la reforma. Lutero atacaba con violencia á su antiguo discípulo Carlostadt y á Ulrico Zwingle reformador de la Suiza. Los príncipes que se habian declarado en pro de las nuevas doctrinas, se adhirió á ellos mas bien por interés político que por sentimientos religiosos: los católicos duques de Baviera se unieron á la liga de Esmalkalda, al paso que se ladeaba al partido del emperador el duque protestante Mauricio de Sajonia.

Este príncipe, primo del elector de Sajonia era uno de los hombres mas notables de su tiempo: todavía mozo estaba dotado de esa penetracion propia de la edad madura que comprende las consecuencias de los acontecimientos. Resuelto á utilizarse, en favor de su ambicion, de los desórdenes religiosos, se unia á los católicos para suplantar con su auxilio al elector y con ánimo de abandonar á Carlos luego que hubiese alcanzado su objeto y que pudiera obrar con independendencia.

Entre tanto el papa anunció la apertura de un concilio general, prometido hacia tanto tiempo á la Alemania por el emperador; mas los protestantes que al principio lo pidieron con afectacion, lo recusaban ya de antemano y preferian sostener sus principios empuñando las armas. Efectivamente, los primeros decretos del concilio que se abrió en Trento, conformes con la doctrina perpetua de la Iglesia, minaban por su base al protestantismo, declaraban canónicos los libros de la santa Escritura que los luteranos desechaban como apócrifos, daban la misma autoridad á la tradicion de la Iglesia que á la Escritura, reconocian la *Vulgata* como única traduccion auténtica de la Biblia y restablecian los dogmas que los reformados quisieron abolir, acerca de la Eucaristía, de la confession, del purgatorio y de las indulgencias.

Los anatemas del concilio, seguidos de una bula del papa que deponia al herético arzobispo de Colonia, pusieron en alarma á los reformados. El elector de Sajonia y el landgrave de Hesse levantaron un considerable ejército contra Carlos V que parecia dispuesto á sostener las decisiones del concilio y del papa, declarando por otra parte en sus proclamas que sus preparativos no tenian por objeto oprimir la religion y la libertad, sino forzar á la obediencia á algunos príncipes rebeldes que so color de religion sumian al imperio en el desorden y en la anarquía. Un cartel enviado al que se titulaba emperador fué la señal de la guerra. Carlos V puesto al frente de algunas tropas, contrastó los esfuerzos de un ejército de setenta mil hombres, y en una compañía digna de admiracion redujo á sus enemigos á pedir un armisticio. Las ciudades fuertes del norte de la Alemania abrieron sus puertas al emperador, y el elector de Sajonia cayó prisionero en la decisiva de Muhlberg; sus despojos recompensaron la desercion de Mauricio,

el landgrave de Hesse cayó también en manos del emperador, y su cautividad puso fin á la guerra. Lutero habia muerto antes de la derrota de sus partidarios.

Cárlos V mostróse severo en la victoria, y su hermano Fernando imitó su ejemplo: á los bohemios sublevados, cuyas esperanzas destruía la derrota de Muhlberg, se los castigó retirándoles sus privilegios. Al mismo tiempo la muerte del temible competidor Juan Zapolski, y la asistencia de los turcos afirmaron, la corona de Hungría en las sienas de Fernando.

Cárlos V confió por un momento poder terminar las contiendas religiosas con la sumision de los consternados disidentes; mas orgulloso con su omnipotencia temporal, quiso apoderarse de la autoridad espiritual; y pretendió obligar á todos á una profesion de fé conciliadora que se llamó el *interim*, con cuyo paso descontentó á los protestantes que clamaron contra la opresion, y á los católicos que clamaron contra el escándalo. Al propio tiempo amenazaba la libertad política de Alemania con su proyecto de hacer hereditaria la dignidad imperial en su casa. Sin embargo, poco receloso de semejantes hablillas, seguía la ejecucion de sus planes, encargando á Mauricio de Sajonia el someter á Magdeburgo que era la única plaza que le oponía una seria resistencia; pero Mauricio traidor poco antes en pro de Cárlos V, fué el que de repente puso fin á sus triunfos con una traición nueva. Su ambicion debiera tener alerta al emperador; mas este dió crédito á las palabras de su jóven ministro Granvela que decía *que un rechoncho aleman no era capaz de concebir plan alguno que no fuese descubierto inmediatamente con todos sus pormenores*, y no conoció que el desvio que ostentaba por los alemanes y su predileccion por los españoles causaban un general descontento. Luego de puesto Mauricio al frente de las tropas del emperador, utilizándose con suma destreza de las disposiciones hostiles de los príncipes, contrajo secreta alianza con el landgrave prisionero y con el rey de Francia, y cayó de golpe sobre Inspruck, en donde estaba Carlos V con seguridad absoluta. Una sedicion ocurrida en el ejército de Mauricio le detuvo un instante y salvó al emperador, que débil y enfermo huyó con gran trabajo en la oscuridad de la noche y se refugió en las montañas de Carintia. Con todo hubo de poner en libertad al

landgrave y al antiguo elector de Sajonia, y de aceptar la transaccion de Passau á que siguió luego la paz de Augsburgo; concluida por la solicitud de Fernando, cuya prudencia y firmeza triunfaron de todos los obstáculos. Este tratado concedía el libre ejercicio de su culto á los protestantes, con el derecho de entrar en la cámara imperial, y les conservaba los bienes eclesiásticos que poseían: mas por desgracia abrazaba varios puntos contenciosos, que antes de mucho tiempo debían acarrear nuevas discordias.

Entonces fué cuando condoliéndose el emperador al ver consumada la fatal division de la Alemania contra la cual habia luchado toda su vida, y autorizada la destruccion de su grandioso proyecto de unidad política y religiosa, depuso su triple corona, y se retiró á un monasterio de Castilla la Vieja. La mano que habia empuñado el cetro del mundo se ocupaba en trabajos de relojería. Cierta dia en que se esforzaba inútilmente para poner acordes dos relojes que él mismo habia fabricado exclamó: «Cuán insensato era yo cuando creía poder arreglar mejor que un reloj tantos pueblos que hablan distintos idiomas y viven en diferentes climas!»

III.

El establecimiento de la reforma en Inglaterra y en Escocia presenta en cada uno de estos países un carácter distinto. En Inglaterra el rey mismo, á fin de salvar todos los obstáculos opuestos á sus crueles y despóticos caprichos, provoca una separacion que la política de sus sucesores trata de hacer completa y definitiva cambiando el cisma en heregía. La nacion representa, al parecer, durante mucho tiempo un papel puramente pasivo, y sigue sin resistencia la voluntad de los soberanos; la reforma en sus primeros esbozos aparenta redundar en provecho del trono dando á la corona la supremacia religiosa y civil; la religion conserva su gerarquía y su cabeza, pero esta la constituye un príncipe temporal en vez de un príncipe espiritual, y los obispos dependen del rey en lugar de depender del papa. En Escocia sucede lo contrario; la reforma es un movimiento popular que si bien en su origen amenaza destruir todas las autoridades establecidas, es beneficiado por la nobleza en provecho suyo y contra del poder real. No obs-